

José Carlos González-Hurtado, *Nuevas evidencias científicas de la existencia de Dios*. Madrid, Voz de Papel, 2023, eBook.

El libro de José Carlos González-Hurtado, con un tono polémico, desafiante e irónico, va haciendo un exhaustivo repaso de los logros científicos de la humanidad a lo largo del siglo XX, mostrando de manera contundente como todos ellos apuntan a la existencia de Dios. Con un estilo irónico que casi podríamos calificar de «triumfalista», va mostrando cómo la explicación más racional de los progresos en los ámbitos de la física, la cosmología, las matemáticas y la biología, conduce a concluir convincentemente que Dios existe.

El autor no es científico, pero es divulgador, y ha realizado un concienzudo repaso en estos terrenos del saber, para mostrar cómo apuntan hacia la existencia de Dios, siendo la opción atea, por eso mismo, marcadamente fundamentalista e irracional. Agudamente pone en evidencia cómo la ciencia ya no ofrece un respaldo sólido a la posición atea — como pareciera indicar el lugar común ampliamente generalizado —, sino todo lo contrario.

Obviamente no ofrece una «demostración científica de la existencia de Dios», en el sentido de proponer un experimento posible que haya dado como resultado incontrovertible y verificable por pares, la existencia divina. Se limita a sacar las consecuencias que vienen implícitas en diversos terrenos científicos, mostrando cómo avocan a concluir la existencia de Dios. Así, por ejemplo, muestra cómo en el ámbito de la cosmología no podemos escapar a la cuestión de tener que explicar un origen absoluto del universo o, incluso, de los multiuniversos, si es que tal expresión tiene sentido. Por su parte, pone en evidencia cómo el ajuste fino del universo, abrumadoramente demostrado a partir de multitud de mediciones físicas y datos biológicos, conduce a pensar que el «universo es un trabajo planeado» — en expresión de Fred Hoyle —, es decir, se requiere una poderosísima inteligencia ordenadora de los valores de las constantes físicas, ajustadas con suma acribia, para hacer posible la vida inteligente en el universo.

Es novedosa también — no resulta tan frecuente encontrarla en este tipo de literatura — la «demostración matemática» de la existencia de Dios. Nuevamente va en la línea de la imposibilidad de la existencia de un infinito actual — demostrada por Hilbert —, de forma que, matemáticamente no podemos escapar a la idea de que el universo ha tenido un inicio absoluto, siendo Dios la explicación más simple del mismo, acudiendo al conocido ra-

zonamiento de la «Navaja de Ockham». Dedicar un extenso apartado a explicar el «Teorema de Gödel», así como sus consecuencias filosófico-científicas. Entre ellas, el hecho de que no todo conocimiento verdadero es demostrable; de forma que indirectamente muestra la espiritualidad del alma, capaz de descubrir la verdad de proposiciones no demostrables. Esto último no deja de ser una importante aportación – señala el autor – precisamente cuando nos encontramos con en el despuntar de la Inteligencia Artificial.

Por su parte, en el ámbito biológico, señala agudamente cómo no tenemos ni idea de la forma en que surgió la vida en el mundo y, a la vez, la escasísima probabilidad de que hubiera surgido por azar, pues son tantas las variables que requieren sincronizarse que, resulta mucho más lógico pensar en un origen divino, que cualquier otra posibilidad atribuible al azar.

González-Hurtado es consistente en señalar las raíces religiosas del desarrollo científico, mientras pone en evidencia el bulo de pensar que el desarrollo científico ha ido unido al pensamiento ateo. Con repetida frecuencia acude a las fuentes históricas, mostrando, una y otra vez, cómo los principales científicos de la historia han sido por lo menos teístas, en su mayoría creyentes, muchos de ellos practicantes, siendo abrumadoramente mayoría los cristianos, bastantes de ellos católicos. De esta forma pone en evidencia como el lugar común del binomio ciencia-ateísmo es una farsa. De paso, exhibe a los principales difusores de este error, mostrando cómo son en su mayoría hombres de letras y, los que no lo son, no han realizado ninguna aportación consistente a la ciencia, o por lo menos comparable a la que han realizado científicos creyentes.

A lo largo del texto va desmitificando una gran cantidad de supuestos ampliamente difundidos sobre la supuesta oposición entre fe y ciencia – aunque no se mete a explicar la cuestión de Galileo, que sería el único ejemplo histórico donde ciencia y fe han colisionado –, mostrando incluso cómo en el pasado reciente, los medios de comunicación han exacerbado este supuesto debate, mostrándose con frecuencia marcadamente tendenciosos a la hora de juzgar la religión o a los hombres de fe. Por ejemplo, pone en evidencia la «conspiración del silencio» que han sufrido los defensores del «diseño inteligente». Explica, en este aspecto concreto, cómo el «diseño inteligente» no es propiamente ciencia, sino interpretación de la ciencia – filosofía, diríamos –, pero, en cualquier caso, este hecho no justifica la marginación que han sufrido sus defensores.

El libro finaliza con una aguda e implacable crítica al ateísmo, mostrando así como el ateísmo dogmático o beligerante va de salida, reconociendo sin embargo a pensadores ateos que han llevado los razonamientos hasta «sus últimas consecuencias», de modo que alguno de ellos, cómo Anthony Flew, finalmente abrazaron el teísmo, u otros, como Michael Ruse, se avergüenzan de *antiteístas* poco serios intelectualmente, como Richard Dawkins.

El libro, en su conjunto, es absolutamente recomendable para quien quiera defender la fe con una perspectiva científica, y para quien desee tener una visión de conjunto de cómo los avances científicos no solo se amoldan armónicamente con la fe, sino que, de alguna forma, le dan sustento a su presupuesto básico: la existencia de Dios. Sirve también para poner palmariamente en evidencia cómo personas creyentes, en su mayor parte cristianas, han contribuido decididamente al progreso científico. Por último, deja en ridículo a quienes pretenden sostener que es el ateísmo el que goza del amparo de la ciencia, como la corriente del «Nuevo Ateísmo» ha intentado hacernos creer en este arranque del siglo XXI, señalando su carácter ideológico y panfletario.

Su límite, sin embargo, es quizá el tono polémico, casi agresivo de su lenguaje. No puede uno evitar la impresión de que, quienes no se suben a su barco o son ignorantes –tontos incluso–, o tienen mala fe. Pareciera que no es posible sostener, de buena fe y con argumentos consistentes, la tesis contraria. Probablemente esto es así, pero un lector desapasionado –el autor se muestra profundamente apasionado– podría experimentar cierta incomodidad al ver cómo son tratados y expuestos los representantes de la postura contraria; es decir, adolece de falta de *politesse*.

P. Mario Salvador Arroyo Martínez Fabre